

pecíficamente el araucano— como a través de su obra pictórica y literaria.

Violinista desde los doce años, en el Conservatorio Nacional de Música fue alumno de composición de Domingo Brescia y Pedro Humberto Allende y simultáneamente se formó como pintor con Fossa Calderón y Pedro Lira. Cursó la carrera de profesor para escuelas normales llegando a ser Director General de Educación Artística y Director de la Escuela y Museo de Bellas Artes, reuniendo en sus manos los destinos de la plástica y la música chilena. Al ser nombrado, posteriormente, profesor jefe de la Sección Pedagógica del Instituto de Investigaciones Musicales de la Universidad de Chile, creó en el Conservatorio Nacional la Cátedra de Pedagogía Musical.

Su labor pedagógica incluyó, en Bellas Artes, la reforma de la enseñanza a base del arte primitivo popular chileno y americano y creó la Escuela de Artes Aplicadas con todos sus talleres. En música introdujo el uso del folklore y de la música araucana en las etapas iniciales de la formación del niño, impulsándolo a la creación espontánea basada en el ritmo de la canción autóctona. Simultáneamente escribía artículos para dar a conocer sus métodos pedagógicos.

Párrafo aparte merece su labor de investigador. La Tierra del Fuego fue su primera fuente de estudio. Allí observó la vida y costumbres de los alacalufes y dibujó los objetos creados por esta raza. Continuó Isamitt la búsqueda del hombre y de las cosas creadas por el hombre en todo el archipiélago de Chiloé, recorriendo cada una de sus islas. Simultáneamente pintaba el paisaje chileno a lo largo del territorio, penetrándose con la vida del pueblo, su

cultura plástica, musical y legendaria. Continuó sus estudios viviendo con los araucanos en íntima convivencia. Entre 1931 y 1937, durante siete meses de cada año, vivió en las reducciones araucanas que abarcan el inmenso territorio entre Quepe y Toltén, al sur de Temuco, y desde Quele al Lago Budi. La investigación produjo un acopio inmenso de material musical, recopilación de leyendas, cuentos mitológicos, de instrumentos musicales, de danzas y costumbres; en suma, un panorama completo de las manifestaciones antropológicas y etnomusicales de la raza araucana.

Paralelamente transformaba este material musical recopilado en obras musicales artísticas. Su catálogo de sobre cien composiciones incluye partituras sinfónicas, obras para voz y orquesta de tanta relevancia como su "Friso Araucano" y la "Cantata Huilliche"; un Concierto para violín y orquesta; obras para piano; para voz y piano, entre ellos "Cantos Araucanos"; música para arpa, flauta, para violín y piano; música de cámara y música coral.

Durante años fue presidente de la Asociación Nacional de Compositores de Chile y representó al país en Congresos internacionales. Su inmensa y rica labor fue recompensada con el máximo galardón con que el Gobierno de Chile premia a sus artistas, el Premio Nacional de Arte en Música le fue conferido en 1966.

Don Carlos Isamitt, a través de casi toda su inmensa obra musical, didáctica, pictórica y literaria destacó los valores de la tierra chilena y del continente americano, creando una síntesis artística típicamente nuestra.

M. V.

## R. P. Guillermo Furlong S. J.

Cuando la muerte de un amigo llega a nuestros oídos casi por casualidad, parece más triste, por lo súbita, lo inesperada. Sin embargo, a la edad del P. Furlong ella lo podía visitar en cualquier parte: la vitalidad de ese sabio encantador lo llevó a esperar en un vagón del metropolitano bonaerense.

Mi único encuentro personal con Guillermo Furlong fue en 1966, cuando lo visité en su celda del Colegio El Salvador, en Buenos Aires. Ahí estaba, temprano en la mañana, escribiendo a máquina, tan absorto en su trabajo que demoró largos minutos en percatarse de mi presencia. La entrevista se desarrolló en un ambiente casi místico, cuyo recuerdo indeleble guardo en lo más profundo de mi ser, pero con el calor humano y hasta la picardía infantil de ese investigador incansable, que incursionó en todos los campos del saber y que hizo aportes fundamentales sobre el pasado musical argentino.

Ahí nació mi interés por el estudio de la contribución musical de las misiones jesuitas del oriente boliviano: me llevó a la biblioteca del Colegio, donde hizo desfilar ante mis asombrados ojos de neófito los tesoros arquitectónicos de las misiones moxos y chiquitos. Entonces me sugirió viajar al Berí, donde encontré —curiosa coincidencia— fragmentos de la obra de Doménico Zipoli, músico jesuita a quien Furlong dedicó largos estudios.

Nuestra correspondencia posterior constituyó siempre un estímulo generoso hacia mi obra, que no podré olvidar.

Ahora, gozando de la paz del Señor, tendrá el reconocimiento continental por su aporte permanente y sólido en favor del engrandecimiento cultural de nuestros pueblos.

SAMUEL CLARO